

**MANNONI, M "La primera entrevista con el psicoanalista" GEDISA EDITORIAL
4º Reimpresión Buenos Aires - 1987**

PREFACIO

Maud Mannoni y Colette Audry me han hecho el honor de solicitarme el prefacio de este libro. Es posible que el lector haya leído ya el libro anteriormente publicado de la misma autora *L'enfant arriéré et sa mère* (1); en cuanto a este que tiene en sus manos, sin duda no lo desilusionará. Este prefacio puede parecer arduo y su lenguaje demasiado especializado a los lectores de Maud Mannoni, que posee el talento de escribir en una lengua clara y fácil. Sin embargo, creo que interesará a algunos de ellos, puesto que planteo en él problemas de profilaxis mental de los trastornos afectivos y sociales, tema que me interesa en grado sumo y en el que el psicoanálisis de niños nos exige pensar cotidianamente. El lector desalentado por mi prosa puede dirigirse directamente al texto de Maud Mannoni y leer luego el prefacio, que le resultará entonces menos difícil. Mi propósito ha sido el de señalar y desarrollar los problemas esenciales que este libro expone e ilustra:

- La especificidad del psicoanálisis.
- La especificidad del psicoanalista, su escucha.
- Las relaciones dinámicas inconscientes padres-hijos. Patogenia o salud mental.
- El complejo de Edipo y su resolución. Patogenia. Profilaxis de sus trastornos.
- La sociedad (la escuela), su rol educativo patógeno o profiláctico.

(1) Maud Mannoni: *L'enfant arriéré et sa mère*, Editions du Seuil, mayo 1964, en "Champ Freudien", colección dirigida por Jacques Lacan. (Hay traducción española: Maud Mannoni, *El niño retrasado y su madre*, Madrid, Edición Fax, 1971.)

I. ESPECIFICIDAD DEL PSICOANALISIS

Este tema requería un desarrollo; en efecto, desde el comienzo de este siglo, y debido al descubrimiento de la psicología experimental, genética, interrelacional, existe un número creciente de personas cuya actividad profesional está consagrada a la psicotécnica, a la orientación, a la readaptación, a consejos de todo tipo y, por último, a la psicoterapia. Su formación es extremadamente polimorfa, y todos los métodos empleados tienen una justificación experimental. En la actualidad, la psicotécnica está muy difundida que no hay ningún niño de las grandes ciudades que, en el transcurso de su escolaridad, no sea sometido en algún momento a tests individuales o colectivos. Se toman tests a los conscriptos, a los empleados de las grandes empresas; los diarios, las revistas, llegan, incluso, a ofrecer a sus lectores la posibilidad de juzgarse a sí mismos mediante una serie de tests vagamente relacionados con grupos control y, que, con mayor o menor seriedad, han difundido entre el gran público conceptos de psicología. ¿Y el psicoanálisis?

En todas partes se habla de él, tanto en la prensa fácil como en filosofía. Debemos inquietarnos, sin embargo, ante la existencia de tantas consultas "psi..." "y de consejeros para padres en dificultades, que se convencen con excesiva facilidad de su incompetencia educativa, y están listos a dejar sus responsabilidades paternas, en manos técnicas, de la misma forma en que ponen sus autos en manos de los mecánicos. Frente a la existencia de un aparato semejante que se organiza en instituciones, el público confunde al psicoanalista con el psicotécnico, el psicólogo, el médico psicosomático, el orientador profesional, el reeducador, o, incluso, el experimentador. Muchos creen aún que el psicoanalista va a hacer esto o aquello, va a influir, moralizar, estimular, razonar, en suma, va a actuar con sus palabras como con: un remedio; mediante una especie de sugestión, para llevar al sujeto a que se comporte "bien".

Ahora bien, el psicoanalista no agrega algo nuevo. Permite encontrar una salida a las fuerzas emocionales veladas que están en conflicto, pero el que las debe dirigir es el paciente mismo. "El psicoanálisis es y sigue siendo el punto de impacto de un humanismo que se beneficia, después de Freud, con el descubrimiento de los procesos inconscientes, que actúan sin que el sujeto lo sepa y limitan su libertad. La fuerza de estos procesos inconscientes proviene, a menudo, del hecho de que se arraigan en procesos primordiales de la eclosión de la personalidad, que, por su parte, está apoyada en la función del lenguaje, modo de relación interhumano básico para la organización de la persona humana.

El psicoanálisis terapéutico es un método de búsqueda de verdad individual más allá de los acontecimientos; la realidad de estos últimos, para un sujeto dado, solo adquiere sentido por la forma en que ha participado y se ha sentido modificado por ellos. Mediante el método de decir todo a quien todo lo escucha, el paciente en análisis se remonta a los fundamentos organizadores de su afectividad de niño o de niña. El ser humano, inconcluso fisiológicamente en el momento de su nacimiento, debe enfrentar conflictos originados en su impotencia real y en su insaciable deseo de amor y comunicación; se le aparecen a través de los pobres medios de sus necesidades, y para colmarlas, ayudado por los adultos, se ilusiona intercambiando el amor en encuentros corporales, trampas del deseo. El descubre el poder de encuentro, más allá de las separaciones, en las zonas erógenas que lo vinculan con el cuerpo del prójimo, en el efecto a distancia de las sonoridades vocales del otro que, acariciantes o violentas mimetizan los contactos que el cuerpo ha memorizado. La función simbólica específica de la condición humana se organiza así como lenguaje. Este lenguaje, portador de sentido, nos hace presente un sujeto cuya existencia original está revestida con sus penas y sus alegrías -para él es su historia-, con su encuentro con "el hombre" (bajo la forma de seres humanos masculinos y femeninos) que le ha permitido asumirse como "hombre" de un sexo o del otro. Este saber, este "estar por verse", puede volver algún lugar de su cuerpo sordo, mudo, ciego, parálítico o enfermo, a consecuencia de algún contratiempo en ese encuentro. Lo que busca el psicoanálisis terapéutico no es nada más que la restauración de su persona original, liberada de su espera ilusoria o de estos efectos-shocks y contra-shocks frente al otro, y en algunos casos la logra. Ciencia del hombre por excelencia, el psicoanálisis, después de Freud, su fundador, se encuentra en una búsqueda perpetua, y los límites de su campo de estudio se extienden cada vez más hasta abarcar desórdenes de la salud mental, de la conducta, y de la salud somática.

II. ESPECIFICIDAD DEL PSICOANALISTA

El libro de Maud Mannoni es un documento testigo muy accesible. Logra que el lector coopere en el primer paso efectuado por un consultante que 'concorre por problemas' suyos o de algún ser querido, y que pide ayuda al psicoanalista. Gracias al arte del autor, cada lector se sentirá aludido en mayor o menor grado, iniciado en un nuevo modo, dinámico, de pensar las conductas humanas y sus trastornos. Comprenderá el sentido que tiene decir, cuando se habla del psicoanalista, que lo que constituye su especificidad es su receptividad, su "escucha". Verá en el libro personas que han concurrido él la consulta sabiendo apenas a quién se dirigían, remitidas por su médico, por el educador, o por alguien que conoce las dificultades que deben enfrentar pero que no puede ayudarlas en forma directa; en presencia de un psicoanalista, estas personas hablarán, en un principio, de la misma forma en que le hablarían a cualquiera. Sin embargo, la forma de escuchar de aquel, una "escucha" en el sentido pleno del término, logra por sí sola que su discurso se modifique y asuma un nuevo sentido a sus propios oídos. El psicoanalista no da la razón ni la niega; sin juzgar, escucha. Las palabras que los pacientes utilizan son sus palabras habituales; sin embargo, la manera de escuchar encierra un llamado a la verdad que los compele a profundizar su propia actitud fundamental frente al paso que están dando y que muestra ser completamente diferente a todo otro contacto con psicólogos, educadores o médicos. En efecto, estos, a causa de su técnica, están orientados hacia el descubrimiento y la curación de una deficiencia instrumental. Responden a nivel del fenómeno manifestado, del síntoma -angustia de los padres, perturbación escolar o caracterológica del niño - mediante la utilización de dispositivos de ayuda específicos, preconizando medidas terapéuticas o correctoras reeducativas.

Hasta el primer encuentro con el psicoanalista, el problema, en consecuencia, es abordado solo a nivel del objetivo de la consulta, y esta se plantea siempre en relación con fines de carácter negativo para el medio. Por ejemplo, el éxito escolar siempre parece ser en sí mismo un fin positivo, y también parecen serlo la ausencia de trastornos de carácter molestos para la tranquilidad del medio. Ahora bien, estas dos resultantes psicodinámicas solo tienen un valor cultural auténtico si el sujeto es efectivamente creativo y no está sólo sometido a las exigencias de los adultos, si la comunicación lingüística, verbal, afectiva y psicomotora que establece con su medio es propia de su edad, si está protegido contra tensiones internas, liberado, al menos en sus pensamientos y juicios, de la dependencia frente al deseo del otro, si se siente cómodo en el trato con compañeros de ambos sexos de su generación, si es capaz de amar y ser amado, si puede comunicar sus sentimientos y enfrentar las frustraciones y las dificultades cotidianas de todo tipo sin descompensarse; en resumen, si muestra la elasticidad caracterológica y mímica que caracteriza a la salud mental. Algunos síntomas que el medio, a menudo ciego, considera positivos, ya que valoriza lo que lo adula, son en realidad patológico para él, que no vive ninguna alegría, ninguna opción creadora libre y cuya adaptación se acompaña de una inadaptabilidad a otras condiciones diferentes a las de su estricto modus vivendi; estos síntomas son, en realidad, signos de neurosis infantil y juvenil actual o enquistada. Para el psicoanalista, lo que importa no son los síntomas aparentemente positivos o negativos en sí mismos, no es la satisfacción o la angustia de los padres -que, por otra parte, puede ser

completamente sana y justificada - ante un niño del que se sienten responsables, sino lo que el síntoma significa para el que, con tal o cual conducta, actualiza el sentido fundamental de su dinámica, y las posibilidades de futuro que, para este sujeto, el presente prepara, preserva o compromete.

Cualquiera sea el estado actual aparente, deficiente o perturbado, el psicoanalista intenta oír, detrás del sujeto que habla, a aquel que está presente en un deseo que la angustia autentifica y oculta a la vez, amurallado en ese cuerpo y esa inteligencia más o menos desarrollados, y que intenta la comunicación con otro sujeto. El psicoanalista permite que las angustias y los pedidos de ayuda de los padres o de los jóvenes sean reemplazados por el problema personal y específico del deseo más profundo del sujeto que habla. Este efecto de revelador él lo logra gracias a su "escucha" atenta y a su no respuesta directa al pedido que se le hace de actuar para lograr la desaparición del síntoma y calmar la angustia. Al suscitar la verdad del sujeto, el psicoanalista suscita al mismo tiempo al sujeto y a su verdad. En un segundo momento, el momento de la cura psicoanalítica del que este libro no se ocupa, el sujeto descubrirá por sí mismo su verdad y la libertad relativa de su posición libidinal en relación con su medio; el lugar de la revelación de este segundo momento es la transferencia. (*) Este libro aporta también, algo que para muchos lectores será nuevo; nos referimos al descubrimiento de que en el transcurso de una sola entrevista psicoanalítica se manifiesta ya con claridad la intrincación de las fuerzas inconscientes entre progenitores, ascendientes y descendientes. El lector aprehenderá sin dificultad cómo un ser humano, desde su vida prenatal, está ya marcado por la forma en que se lo espera, por lo que luego representa su existencia real para las proyecciones inconscientes de sus padres; estos, al actuar como interlocutores y modelos naturales, alteran con demasiada frecuencia, en el niño, el sentido preciso de las vivencias suscitadas por determinadas palabras, y ello desde su nacimiento en algunos casos.

(*) La transferencia es la relación imaginaria, al mismo tiempo consciente e inconsciente, del psicoanalizado que demanda frente al psicoanalista testigo, que no responde, y acepta los efectos reestructurantes de la historia del sujeto a través de sus contratiempos patógenos. La transferencia es el medio específico de la cura psicoanalítica. Su surgimiento, su evolución y su desaparición final caracterizan cada cura.

¿Cuál es entonces, el rol del psicoanalista? Acabo de decir que consiste en una presencia humana que escucha. ¿De qué forma este ser humano, constituido como los otros, surgido de la misma población, ha sido formado para que su escucha produzca efectos de verdad semejantes? Y bien, él mismo ha sido formado mediante un psicoanálisis, por lo general largo, y por la experiencia adquirida en tratamientos realizados por él y controlados por un psicoanalista más experimentado. Esta formación le ha permitido llegar a una cierta autenticidad de su ser, el que está detrás del robot que en cierto grado somos todos debido a la educación. A través de lo que se le dice, su sensibilidad receptora le permite oír los varios niveles del sentido subyacente emocional, que hay en el paciente, y en una forma por lo general más fina de lo que pueden hacerlo los que no han sido psicoanalizados.

III. LAS RELACIONES DINAMICAS INCONSCIENTES PADRES-HIJOS, SU VALOR ESTRUCTURANTE SANO O PATOGENO.

Los ejemplos proporcionados por Maud Mannoni muestran este fenómeno inducido en la escucha analítica, y muestran también la imposibilidad de la comunicación de ir más allá de determinados umbrales. Donde el lenguaje se detiene, lo que sigue hablando es la conducta; cuando se trata de niños perturbados, es el niño quien, mediante sus síntomas, encarna y hace presentes las consecuencias de un conflicto viviente, familiar o conyugal, camuflado y aceptado por sus padres.

El niño es quien soporta inconscientemente el peso de las tensiones e interferencias de la dinámica emocional sexual inconsciente de sus padres, cuyo efecto de contaminación mórbida es tanto más intenso cuanto mayor es el silencio y el secreto que se guardan sobre ellas. La elocuencia muda de un trastorno de reacción en los niños hace presentes al mismo tiempo su sentido y sus consecuencias dinámicas inconscientes. En resumen, el niño o el adolescente se convierten en portavoces de sus padres. De este modo, los síntomas de impotencia que el niño manifiesta constituyen un reflejo de sus propias angustias y procesos de reacción frente a la angustia de sus padres.

A menudo, su impotencia es la copia, a escala reducida, de la impotencia de uno de los padres, desplazada del nivel en que se manifiesta en el adulto al nivel de la organización libidinal precoz de la personalidad del niño, o también al nivel de la organización edípica presente en ese momento. La exacerbación o la extinción de los deseos, activos o pasivos, de la libido (oral, anal o pregenital edípica) o la simbolización por parte del niño de sus pulsiones endógenas, son la respuesta complementaria a los deseos reprimidos de padres insatisfechos en su vida social o conyugal, y que esperan de sus hijos la curación o la compensación de su sentimiento de fracaso. Cuanto

más jóvenes son los seres humanos, mayor es el grado en que el peso de las inhibiciones dinámicas experimentadas directa o indirectamente a través de las tensiones y el ejemplo de los adultos mutila el libre juego de su vitalidad emocional, y menores son sus posibilidades de defenderse en forma creativa; los trastornos muy graves del desarrollo psicomotor mental o de la salud, por ello llamados psicósomáticos, de los niños muy pequeños, son la consecuencia de estas relaciones perturbadas en el mundo exterior, en un momento en que el mundo del niño está reducido aún al mundo del adulto que lo alimenta. Son muchos los desórdenes orgánicos del bebé y del niño pequeño que expresan los conflictos psicoafectivos de la madre, originados en especial en la neurosis materna, es decir específica de su evolución perturbada anterior al matrimonio, o en la del padre que perturba el equilibrio emocional del niño a través de las experiencias emocionales que él mismo padece y que, a su vez, cotidianamente hace padecer a su mujer, madre del niño.

-Me duele la cabeza -decía un hijo único de 3 años. (Lo habían conducido a mí porque era imposible llevarlo al jardín de infantes, donde se quejaba todo el tiempo de su dolor de cabeza; parecía enfermo, pasivo y lleno de pesares. Además, padecía de insomnio, del que su médico no encontraba causas orgánicas.) Conmigo repitió su soliloquio. Le, pregunté:

- ¿Quién dice eso?

Mientras, él, con un tono quejumbroso, repetía: "Me duele la cabeza."

-¿Dónde? Muéstrame dónde te duele la cabeza. -Nunca se lo habían preguntado.

-Ahí. – y señalo el muslo cerca de la ingle.

- ¿Y ahí, qué cabeza está?

-La de mamá. - Como ustedes pueden imaginado, esta respuesta causó estupefacción en los padres allí presentes.

El niño era hijo único de una madre aquejada de dolores de cabeza psicósomáticos, sobreprotegida por un marido que la adoraba, veinticinco años mayor que ella. El niño, como hijo único, significaba de este modo su neurosis de impotencia y su fobia a la sociedad, mediante una provocación que hasta el momento había sido escuchada y con la que pedía ser sobreprotegido. El encuentro con el psicoanalista permitió que, al cabo de un pequeño número de entrevistas, no se alienase más en la identificación con esa pareja, herida por su vida difícil.

En la primera infancia, y a menos que haya consecuencias de tipo obsesivo frente a enfermedades o traumatismos del encéfalo, casi siempre los trastornos son de reacción frente a dificultades de los padres, y también ante trastornos de los hermanos o del clima interrelacional ambiente. Cuando se trata de trastornos de la segunda infancia o de la adolescencia, y en la primera infancia no se hayan manifestado perturbaciones, los trastornos pueden originarse en los conflictos dinámicos intrínsecos del niño frente a las exigencias del medio social y a las dificultades del complejo de Edipo normal; sin embargo, suele suceder que sus consecuencias den lugar a una reacción de angustia en los padres, impotentes para solucionarlos o avergonzados por la crisis de inadaptación de su niño a la sociedad. El niño o el joven, que ya por sí mismo debe enfrentar duras pruebas, no encuentra más seguridad en su medio social y tampoco en sus padres, tal como sucedía en las lejanas épocas en que el recurrir a ellos en las situaciones de peligro constituía la suprema fuente de protección. Incluso cuando aparentemente no se lo ama, el pequeño logra sobrevivir en los primeros años de su vida gracias a la ayuda y asistencia, al menos vegetativas, que recibió. Este modelo de regresiones-recursos sigue siendo el refugio inconsciente de todos los seres humanos ("papá, mamá""tengo sed" son los últimos reclamos de los moribundos que piden ayuda). Ante la incomprensión del medio, surgen reacciones en cadena de decepciones mutuas, entremezcladas con angustias recíprocas, procesos defensivos y reivindicaciones insoportables. La energía residual libre se reduce cada vez más, imposibilitando nuevas adquisiciones culturales por parte del joven y dando lugar a la pérdida de la confianza en sí mismo. Paralelamente a la impotencia social del niño, las conductas que se dan en tales grupos familiares no son más que muros de protección fortificados, y las palabras intercambiadas solo proyectiles entre atacados y atacantes.

Mientras perdura el instinto de conservación, la angustia y el aislamiento, sentimientos ligados a la culpabilidad irracional mágica no resuelta, dan lugar a reacciones de compensación desculturalizantes. Una vez superadas las edades en las que se presentan trastornos de debilidad de reacción mental, luego de debilidad psicomotora, y más tarde de debilidad escolar, aparece el cuadro clínico tardío de los trastornos del carácter con efectos sociales-extrafamiliares. El desenlace de las relaciones reestructurantes provoca la aparición de la neurosis y de la delincuencia, y, más allá, de la involución psicótica o de la criminalidad.

Mediante los ejemplos que cita, Maud Mannoni nos hace participar en las primeras entrevistas relacionadas con casos clínicos que ilustran todos los grados de perturbación; estos se originan, en forma notoria, en la falta de una presencia sensata a una edad temprana, en la ausencia de una situación triangular socialmente sana o en la falta de aclaraciones verbales a preguntas explícitas o implícitas del niño; este encuentra tardíamente la respuesta en un acontecimiento traumático, que no comprende, y que lo trastorna completa o parcialmente, porque, al no habérselo explicado a tiempo, se siente abrumado por él. Esta experiencia emocional confusa, enquistada en

mayor o menor grado, lo ha hecho frágil a toda puesta a prueba de su narcisismo y, semejante a un sonámbulo que se despierta y que se asusta ante la realidad, cada acontecimiento ulterior que lo pone a prueba lo hace caer un poco más en la confusión y la irresponsabilidad creciente.

Este libro, en efecto; permite comprender cómo la ausencia crónica de posibilidades de intercambio verdadero en el transcurso de la vida de un ser humano es tan perturbadora como los traumatismos específicos, si no más. Podríamos decir que la intuición normal de muchos seres se ve trastocada por identificaciones caóticas contradictorias y plenas de imágenes perturbadas. Esta distorsión o desviación de su intuición natural por modelos no referidos en forma adecuada tanto a la ley natural como a la ley dictada, da lugar a relaciones simbólicas alteradas. Los adultos gravemente neuróticos, considerado como maestros y como ejemplos, son quienes aportan confusión, o una organización enferma o perversa, a la estructura del niño en crecimiento. Maud Mannoni proporciona muchos ejemplos sobre el tema, a través de los casos que ha tratado.

¿Cuáles son entonces las condiciones necesarias y suficientes que deben estar presentes en el medio de un niño para que los conflictos inherentes al desarrollo de todo ser humano puedan resolverse en forma sana, es decir creadora, para que surja una persona activa y responsable en el momento decisivo del Edipo y de su resolución en la reestructuración de los afectos, de las identificaciones y de los deseos incestuosos, para que la angustia de castración ligada al complejo de Edipo conduzca al abandono de las fantasías arcaicas o perversas intrafamiliares y permita que el sujeto se exprese en la vida social mixta y la vida cultural simbólica, aceptando sus leyes?

Podemos decir que la única condición, tan difícil y sin embargo tan necesaria, es que el niño no haya sido tomado por uno de sus padres como sustituto de una significación aberrante, incompatible con la dignidad humana o con su origen genético.

Para que esta condición interrelacional del niño sea posible, estos adultos deben haber asumido su opción sexual genital en el sentido amplio del término, emocional, afectivo y cultural, independientemente del destino de este niño. Ello quiere decir que el sentido de su vida está en su cónyuge, en los adultos de su misma edad, en su trabajo, y no en el hijo o en los hijos; quiere decir que el pensamiento o la preocupación por este niño, el trabajo hecho para él, el amor hacia él, no dominan nunca su vida emocional, en lo que se refiere a emociones tanto de orden positivo como negativo. El medio parental sano de un niño se basa en que nunca haya una dependencia preponderante del adulto respecto del niño (que por su parte, y en un primer momento, depende en forma absoluta del adulto) y que dicha dependencia no tenga una mayor importancia emocional que la que este adulto otorga a la afectividad y a la presencia complementaria de otro adulto. En el contexto actual de nuestra sociedad, es preferible que este otro adulto sea el cónyuge; sin embargo, esta condición no es en absoluto indispensable para lograr el equilibrio de la estructura del niño; lo importante reside en que este adulto, sea o no el cónyuge legal, sea un compañero realmente complementario, no solo de vida, sino que focalice realmente los sentimientos del otro. Y sin embargo, hay seres humanos que, en función de su destino o de accidentes que se produjeron en el transcurso de su infancia, se ven privados de la presencia de uno de los padres o de ambos. Su desarrollo puede ser tan sano como el de los niños que tienen una estructura familiar íntegra, aunque con características diferentes, con la misma solidez, y sin enfermedad mental ni impotencia o neurosis.

IV. LA PROFILAXIS MENTAL DE LAS RELACIONES FAMILIARES PATOGENAS.

Lo que tiene importancia, en efecto, no son los hechos reales vividos por un niño, tal como otros podrían percibirlos, sino el conjunto de las percepciones del niño y el valor simbólico originado en el sentido que asumen estas percepciones para el narcisismo del sujeto. Este valor simbólico depende en alto grado del encuentro del sujeto con una experiencia sensible efectivamente nueva, y de las palabras (justas o no) o la ausencia de ellas con respecto al hecho, en las personas que él escucha; estas palabras, o su falta, se conservan y se volverán a presentar en su memoria como representantes verdaderos o falsos de la experiencia vivida. La imposición del silencio ante las preguntas y las palabras del niño o la falta de diálogo respecto de estas percepciones, no integran, en realidad, esta percepción real del niño al mundo humano, y las relegan, a ellas y a quien las ha vivido con pena o con placer, al mundo de la mentira o a lo inefable del mutismo cósmico mágico. Esto puede producirse en relación con experiencias reales directas, pero también con experiencias no reales. En efecto, lo que el sujeto desea, en su vida solitaria y silenciosa, puede ser percibido a nivel imaginario y protegido de esa forma contra la incongruencia entrevista por él en relación con toda palabra verdadera intercambiada. Pero como las palabras dan lugar a imágenes, se puede observar que cuando un niño experimenta deseos e imagina fantasías en relación con ellos, el hecho cultural de las palabras-imágenes proporcionadas en otras circunstancias por los padres, produce su corolario; es decir, las imágenes solitarias provocan la escucha virtual de las palabras paternas, oídas con anterioridad, en relación con actos o percepciones de una tonalidad de placer o displacer semejante. De esta forma se construye y se desarrolla, a causa de la ausencia de intercambio verbal, un

narcisismo no referido al otro actual sino solo al otro virtual, al "superyó» que se encuentra siempre en una etapa anterior. Además de lo que sucede en la imaginación, provocada por deseos no verbalizables o bien por las verbalizaciones prohibidas, debemos mencionar también lo que concierne al cuerpo y a la conducta de las personas, puntos de apoyo de la estructura de las leyes del mundo humano, y las variaciones de su salud psicosomática de las que el niño es testigo sin oír verbalizaciones adecuadas sobre ellas.

Toda vez que antes de la edad de la resolución edípica (6-7 años como mínimo) uno de los elementos estructurantes de las premisas de la persona es alterado en su dinámica psicosocial (presencia o ausencia de uno de los padres en un momento necesario, crisis depresiva de uno de ellos, muerte que se esconde, características antisociales de su conducta), la experiencia psicoanalítica nos muestra que el niño está informado de ello en forma total e inconsciente y que se ve inducido a asumir el rol dinámico complementario regulador como en una especie de homeostasis de la dinámica triangular padre-madre-niño. Esto es lo patógeno para él. Dicho rol patógeno, introducido por su participación en una situación real que se le oculta, es superado, por el contrario, en parte o totalmente, gracias a las palabras verdaderas que verbalizan la situación dolorosa que vive, y que le otorgan a esta un sentido susceptible de ser comprendido por el otro al mismo tiempo que por el niño. Nos referimos tanto a los accidentes, muertes, enfermedades, crisis de enojo, borracheras, trastornos de la conducta que provocan la intervención de la justicia, como alas escenas hogareñas, separaciones, divorcios, situaciones todas que conciernen al niño y cuya divulgación no se le permite; peor aun, en algunos casos se le oculta la realidad, que él de todas formas padece, sin permitirle que se reconozca en ella ni tampoco que conozca la verdad que percibe en forma muy fina, y al faltarle las palabras justas para traducir su experiencia con los que la comparten con él, se ve inducido a sentirse extraño, objeto de un malestar mágico y deshumanizante.

V. SUTITUCION DE LOS ROLES EN LA SITUACION TRIANGULAR PADRE-MADRE-HIJO

Toda asimilación de la madre al rol del padre es patógena, tanto cuando la madre decreta que el padre es incapaz y se coloca en su lugar, como cuando él está ausente o ella no toma en cuenta sus deseos. En efecto, cabe preguntarse en relación con qué o con quién, la madre lo juzga insuficiente y lo sustituye. Al actuar de este modo, la madre se refiere obligatoriamente a su propio padre, o si no a un hermano, o a su propia homosexualidad latente o a otros hombres de más valor que el padre del niño hombres idealizados por ella, quien se siente impotente por no haberlos escogido como compañeros. Toda sustitución del padre al rol de la madre, si ella está ausente o si es realmente peligrosa a causa de un estado de enfermedad actual, tiene el mismo rol patógeno de desviación de la situación triangular, si no se tiene en cuenta un deseo de la madre conocido por el niño. Toda situación en la que el niño sirve de prótesis a uno de sus padres, progenitores, hermano o hermana, o abuelo del polo complementario, compañero faltante o no valorizado, por casto que sea en los hechos, ese compañerismo es patógeno, sobre todo si no se le valoriza al niño que esta situación es falsa y que él puede escaparle con toda libertad. Toda vez que los progenitores son impotentes para satisfacer el rol del que son responsables y son reemplazados por alguna otra persona entre sus hermanos o sus ascendientes (la abuela o la tía encargada de jugar el rol de madre, el hermano mayor, el de padre), se produce también una distorsión: en dicho caso la situación triangular existe, pero la persona que sirve de apoyo a la imagen paterna o materna no está marcada con una rivalidad sexual, por el rol real de cónyuge genital en relación con la madre o con el padre del sujeto, es decir no es el rival que, a través de la angustia de castración, regula sus aspiraciones incestuosas. Todas estas sustituciones prótesis engañosas que sin embargo, y en algunos casos, facilitan la vida material, en apariencia o en lo inmediato, y evitan que el niño viva experiencias de soledad verdadera o de abandono, no presentan ningún peligro si se subraya constantemente que esta persona sustituto no asume esa relación por derecho propio, sino que toma el lugar de uno de los padres ausentes, y se deja libre al niño para optar naturalmente y asumir con confianza sus propias iniciativas. Por otra parte, la posibilidad de que un psicoanálisis cure a niños o personas que han sido formadas antes de los 5 - 7 años con referencias simbólicas falsas, se basa en la verdad que el sujeto puede hacer surgir en el transcurso del mismo, y en el rol regulador de la expresión justa, de los sentimientos verdaderos y los afectos justos que se experimentan al ser revividos en el transcurso de la cura, cuando estos sentimientos y estos afectos surgen en la situación de transferencia y son, por así decirlo, destejidos, purificados, desenquistados de su carne y de su corazón, liberados de la obliteración representada por la obligación alienante de callarse. Incidentes muy angustiantes para el paciente, y en algunos casos para el medio que lo rodea, suelen acompañar la inminencia del resurgir de una verdad, antes de que la palabra la integre en un lenguaje pleno de sentido. En resumen, la situación particular de cada ser humano en su relación triangular real y particular, por dolorosa que sea o haya sido, conforme o no a una norma social, y, si no se la camufla o falsifica en las palabras, es la única que puede formara una persona sana en su realidad psíquica, dinámica, orientada hacia un futuro abierto. Cualquiera sea el sujeto, esta situación triangular se construye a partir de su existencia inicial en el

momento en que él la concibe, y luego, en su inexistencia o en su existencia hechas presentes, en su primera y segunda infancia, por sus verdaderos progenitores. En ese caso, está simbolizada, para el niño, por personas sustitutivas en quienes transfiere sus opciones bipolares sexuales. El ser humano solo puede superar su infancia y hallar una unidad dinámica y sexual de persona social responsable si se desprende de ella a través de una verdadera expresión de sí mismo ante quien pueda oírlo. Este "decir" lo ubica, entonces, en su estructura de criatura humana verídica, cuya imagen específica, verticalizada y orientada hacia los otros hombres por el símbolo de un rostro de hombre responsable, el suyo, es referida a sus dos progenitores particularizados, y al nombre que recibió a su nacimiento de acuerdo con la ley. Este nombre ligado a su existencia, tiene, desde su concepción, un sentido valorativo único que se sigue manteniendo vivo una vez desmitificadas todas estas apariencias multiformes y multipersonales.

VI. EL COMPLEJO DE EDIPO Y SU RESOLUCION. PATOGENIA O PROFILAXIS MENTAL DE SUS TRASTORNOS.

Este libro proporciona también al lector una comprensión de las consecuencias caracterológicas de lo que Freud descubrió y describió en forma genial: el complejo de Edipo como etapa decisiva que todo ser humano atraviesa después de su toma de conciencia clara de pertenecer al género humano, significado por su apellido, y de ser corporalmente portador aparente de un solo sexo, significado por su nombre. El rol de la dinámica triangular padre-madre-hijo, que opera desde la concepción del niño, padece las consecuencias interrelacionales de la forma en que el Edipo de cada uno de los padres fue vivido y resuelto. En efecto, en su evolución el niño dialectiza su estructura inconsciente frente a la ley de prohibición del incesto y a las distorsiones frecuentes que padece su surgimiento como persona humana en relación con el deseo de cada uno de sus padres que lo complementan o contrarían, y frente a las conductas regresivas neuróticas o psicóticas de sus padres, de sus abuelos, o de sus hermanos o hermanas mayores.

El complejo de Edipo, cuya organización se instaura desde los tres años con la certidumbre de su sexo, y se resuelve (nunca antes de los seis años) con la resolución y el desprendimiento del placer incestuoso, es la encrucijada de las energías de la infancia a partir de la cual se organizan las avenidas de la comunicación creadora y de su fecundidad asumible en la sociedad.

Muchas personas creen que el complejo de Edipo concierne solo los instintos de sexualidad de estilo primario, el celo con objetivos incestuosos, y rechazan su universalidad. "Un niño dice que quiere casarse con su mamá, una niña que quiere casarse con su papá..., son cosas de niños, no lo dicen en serio, no creen en ello"; ahora bien, todos los estudios sobre la infancia nos muestran no solo que el niño no habla en broma sino también que, gracias a la encarnación de su deseo, no vivido aún como incestuoso, llega a construir psicológicamente la totalidad de su cuerpo.

El ensueño fantaseado de la felicidad conyugal y fecunda con su padre complementario le permite acceder al habla del adulto, al lenguaje para el otro, a la identificación transitoria de su deseo con la imagen del deseo del rival edípico. La felicidad esperada ante la satisfacción de ese deseo puede actuar como factor de adaptación muy positivo que se traduce a menudo en los cuentos de hadas en las poesías, y es "sublimado", entonces, por la cultura. Sin embargo, y además de ese aspecto cultural positivo, el deseo ardiente de posesión y de dominio del objeto parental se expresa mediante sentimientos que provocan en la familia efectos caracterológicos negativos de una extrema violencia. Muchas niñas y niños logran que se quiebre un hogar, frágil quizá, pero que hubiese perdurado de no ser por la reacción celosa que la madre desarrolló respecto de su hija o el padre en relación con su hijo. Esta dinámica profunda de los instintos de los niños, que los lleva a rivalizar con el padre del mismo sexo y a obtener los favores del otro, choca, en los casos de salud afectiva de los padres, con un muro, un escollo: la inalterabilidad del sentimiento y del deseo sexual de cada adulto hacia el otro. Ello se debe a que la ley del incesto no solo es una ley escrita, sino también una ley interna propia de cada ser humano, y que al no ser respetada mutila profundamente al sujeto en sus fuerzas vivas, somáticas o culturales (podemos representar esto mediante la imagen de un río que regresaría a su fuente).

El niño crece con la esperanza de lograr que algún día se realice su deseo de amor, la esperanza arraigada de poseer un día al padre del sexo opuesto, de ser el único elegido por él. Esta esperanza determina que el niño otorgue valor a -su pequeño mundo familiar, un valor a largo plazo que se funda en la esperanza de llevar en su seno hijos del ser a quien ama o de darle una descendencia, y llegado a los 7 años de edad, debe renunciar a todo lo que lo hizo crecer, a todo lo que le otorgaba un valor a sus experiencias, sacrificar o al menos olvidar el placer dado a su amado. Si no renuncia a ello, se produce una conmoción considerable o si no un bloque masivo en la evolución del niño, trastorno irremediable sin un psicoanálisis. Debido a que él se engaña a sí mismo o porque los propios padres lo hacen, ellos fingen que sus instintos no existen, lo tratan como un animal doméstico, y el niño melindrea con sus padres o huye de ellos, sintiéndose culpable por expresar gestual o verbalmente observaciones

o juicios con -los que ha tomado contacto en lugares ajenos a su hogar. Inestable o muy sometido -cuando está en familia, él no crece por la relación con la vida mixta de los compañeros de su edad, ni en la relación con su cuerpo; puede ser muy buen alumno, tener un excelente desarrollo de la memoria, pero de todas formas y de acuerdo a su edad, es un impotente sexual. Su comunicación está trunca, su imaginación, ligada a ese amor incestuoso inconsciente, sigue siendo la de .un niño, es decir que, si desea ignorar tanto su deseo en sí como el objeto de su deseo o la ley que le prohíbe para siempre el realizarlo, el resto de la adaptación que pueda estar logrando en apariencia es solo una frágil fachada. Es un impotente sexual, es decir, impotente como creador, y la primera dificultad con que lo enfrente la realidad determina su derrumbe.

Si no adquiere el dominio consciente de la ley que rige la paternidad y las relaciones familiares, cuya ausencia se manifiesta en la carencia de ideas claras acerca de los términos que las expresan, las emociones y los actos de este sujeto están condenados a la confusión y su persona al desorden y al fracaso. Su moral sigue refiriéndose a la época pregenital infantil, en la que el bien y el mal dependían de lo que podía ser o no dicho a mamá o a papá del "solo sé lo que se me ha enseñado"; el "aparentar" para "agradar" o "no desagradar" constituye el único criterio de su moral. La delincuencia es "inocente", irresponsable, ya que la supervivencia de los deseos incestuosos latentes justifica los roles imaginarios mediante los cuales logra imponer su propia ley en la sociedad. Cuando no se han resuelto a los 7 años, los conflictos edípicos se reactivan con el desarrollo fisiológico de la pubertad, y dan lugar a la culpabilidad y la vergüenza frente a la aparición de los caracteres secundarios visibles; el Edipo resurge entonces con intensidad y conmueve el frágil equilibrio conservado desde la edad de 7 años. Si a los 13 el Edipo no se ha resuelto verdaderamente, se pueden prever graves trastornos sociales a partir de los 18 años, momento en el que la opción por la vida genital y los sentimientos amorosos debieran asumirse con orgullo y buscar socializarse en un medio mixto.

¿Qué quiere decir resolución edípica, palabra que surge siempre en los textos psicoanalíticos y a la que se presenta como la clave del éxito o, por el contrario, de una "cierta morbidez psicológica en los seres humanos? Se trata de una aceptación de la ley de prohibición del incesto, de una renuncia, incluso a nivel imaginario, al deseo de contacto corporal genital con el progenitor del sexo complementario y a la rivalidad sexual con el del mismo sexo. Esta aceptación, que coincide por otra parte con la época de la caída de los dientes, es también, de hecho, una aceptación del duelo de la vida imaginaria infantil protegida, ignorante, llamada inocente; se trata también de una eventual .aceptación de la muerte posible de los padres, sin culpabilidad mágica al pensar en ella. En el caso en que la pareja de los padres sea equilibrada, quiero decir que esté compuesta por dos individuos sanos psicológica y sexualmente, aun cuando no posean ningún conocimiento consciente de psicología y de psicoanálisis, y quizás sobre todo por eso, todo acontece en forma ordenada en lo que se refiere a los instintos del niño. Las pesadillas o las escenas de oposición de caracteres o de celos de amor que traducen el período crítico' de los 7 años cesan, ya no aparecen más los pequeños síntomas que caracterizan la vida de todos los niños en esa época. El niño, en circunstancias favorables, comienza a desinteresarse en forma cortés, pero clara, de la impresión que causa a su padre o a su madre, a despreocuparse por su vida íntima que, hasta el momento en que conoció su sentido (al que su nacimiento y el de sus hermanos y hermanas confirman), estimulaba su curiosidad. Se vuelve mucho más sensible a las condiciones sociales que su filiación le procura, se ocupa más en observar a sus padres en su vida social aparente, con 'sus relaciones, y transfiere en cierta forma a su conducta con sus mejores camaradas el estilo de compañerismo de sus padres con sus amigos. Se interesa cada vez más, lo demuestre o no, en la vida de los niños de su edad, en su escolaridad, en sus propias ocupaciones personales, y abandona el modo de vida en el que todo giraba para él alrededor del juicio de los adultos sobre su persona, tanto en su hogar como en el mundo exterior. El hecho de que el complejo de Edipo ha sido resuelto se manifiesta en forma indirecta cuando el niño que se desenvuelve bien en el hogar puede desplazar la situación emocional triangular primitiva y situarla en el medio ambiente, en la escuela y en las actividades lúdicas: de entre sus muchos compañeros, puede hacerse dos o tres amigos verdaderos, amistades que todavía están expuestas a desilusiones que las pongan a prueba. Por el contrario, el niño que no ha resuelto su Edipo sigue estando muy dominado por el ambiente emocional de su relación con el padre o con la madre. Con sus escasos compañeros el niño repite situaciones de pareja o entra en conflicto en situaciones en las que participan muchas personas por crisis de celos de tipo homosexual, idénticos a los celos edípicos - aun presentes y que lo corroen. En nuestra época, se puede observar un fenómeno sociológico notable; nos referimos al hecho de que, contrariamente a la prohibición de canibalismo que es conocida en forma consciente por todos, la prohibición del incesto en la fratría desapareció a nivel conceptual en el caso de muchos niños; he encontrado varios en los que, a los 12 años, lo mismo había acontecido en relación con la prohibición de consumir el incesto con los progenitores. Se deberían estudiar las causas sociales de este hecho. Los estragos que causa esta falta de ley escrita son considerables ya que la intuición del peligro psicógeno de lo prohibido ha sido barrido en nuestras ciudades por 'peligros -reales de violencia o de chantaje, provenientes del padre provocador perverso, a quien el niño siente todopoderoso, y -por

el medio ambiente temeroso o ingenuo, que condena la no sumisión ciega al padre abusivo perverso. Confirmando la universalidad en el inconsciente del complejo de castración, en todos los casos en que existe una ignorancia consciente de la prohibición del incesto, la clínica encuentra la presencia de graves trastornos afectivos y mentales en todos los miembros de la familia. Tampoco en este caso se trata de una herencia fatal, ya que la psicoterapia psicoanalítica o, mejor aun, un psicoanálisis, permiten que el sujeto, por fin, explicita y resuelva su Edipo.

Volvamos a la situación triangular padre-madre-niño y a su rol determinante en la evolución psicológica. Todo ser humano está marcado por la relación real que tiene con su padre y su madre, por el a priori simbólico que hereda en el momento de su nacimiento, aun antes de abrir los ojos. Así, un niño puede ser esperado como aquel que debe colmar los sentimientos de inferioridad de su padre, que nunca dejó de ser un niño desconsolado por no haber nacido niña, capaz de gestar un ser viviente de la misma forma en que lo había hecho su madre. A tal otra niña se la espera como debiendo ayudar a su madre a repetir la misma situación de dependencia que tuvo con la suya y que superó con muchas dificultades, y colmar la angustia de abandono que experimenta con un marido que ha sido siempre un extraño para ella. Ese niño necesario para su padre o para su madre, está ya, si así puede decirse, herido desde un punto de vista simbólico en su potencia de desarrollo. En resumen, todo niño está marcado por esta situación real. Pero, se nos dirá que hay niños que no tienen padre, o al menos que no lo conocen; y bien, si esta es su situación es a partir de ella que se irán desarrollando, siempre que las palabras que el medio les diga sean las adecuadas acerca de esta ausencia de un representante vivo de la persona paterna o materna junto a ellos. Entre los ejemplos proporcionados por Maud Mannoni y entre muchos otros en los cuales pienso, el rol desestructurante o inhibitorio del desarrollo no depende de la ausencia de los padres (esta ausencia siempre es dolorosa - pero la presencia de ellos también puede serlo -; en todo caso, todo dolor puede ser sano, cuando el niño, habiéndolo reconocido como tal, puede estructurar sus defensas compensadoras). Todas las palabras neurotizantes se originan en las mentiras que impiden que los hechos reales hagan surgir los frutos de la aceptación, a partir de la situación real

Todo ser humano, por el hecho mismo de su existencia corporizada, posee una imagen del hombre y de la mujer complementarias; él ubica esta imagen en los padres que lo educan y gracias a esta adjudicación de algo imaginario a personas reales él logrará desarrollarse, identificándose con ellas de acuerdo con las posibilidades de su patrimonio genético.

Dichas personas son portadoras también de su aspiración imaginaria, que puede ser identificante, si se trata del padre del mismo sexo, o complementaria, si se trata del padre del sexo opuesto; ahora bien, sentimientos que conciernen a esta imagen y que no pueden ser expresados a la persona real portadora de la misma, deformarán la imagen personal e intuitiva del sujeto. Así, pueden llegar a darse situaciones paradójicas como la de un niño que se desarrolla en una forma invertida, o totalmente neutra, reprimiendo históricamente su vitalidad genital, por ejemplo, cuando la madre es quien porta la imagen paterna o el padre la imagen materna.

Lo importante no es esto; lo importante reside en que el medio que rodea al niño, testigo como él de la situación, pronuncia rara vez las palabras que corresponden a su experiencia infantil. La crítica que él podría hacer al respecto alrededor de los 10 años, se le hace imposible, y vive y se desarrolla, sin saberlo él mismo, en forma caótica, encarnándose en el período preedípico de una manera que, para el momento de la descatectización relativa de la libido a los 7 años, prepara un período de latencia neutro, de seudocastración. Si no media un psicoanálisis, esta situación lo llevará a buscar, en la pubertad, la fijación a una opción de complemento ulterior extrafamiliar, de tipo invertido o indeciso, a buscar personas que no serán en absoluto complementarias de su verdadera naturaleza genital, que se mantuvo confusa. Corre el gran riesgo de escoger personas que, a imagen de las que lo han educado, están polarizadas en forma caótica, y, sobre todo, están genitalizadas en forma solo parcial. Los niños de este tipo se convierten luego en padres, abusivos, ya que su Edipo mal resuelto los ha dejado sedientos de una libido de pulsiones no diferenciadas que se manifestarán en una relación de pareja e identificación artificial con su propio niño, o en una reactivación del Edipo, es decir, que se mostrarán celosos del lazo que pueda tener el niño con su cónyuge, hasta el punto de presentar graves síntomas en relación con ello. En ese momento, el niño necesita la solidez de la pareja paterna para que sus fantasías de triunfo edípico fracasen ante la realidad; si no, corre el riesgo de caer más gravemente enfermo de lo que lo estaban su padre o su madre. En las observaciones que hemos señalado se puede escuchar el siguiente mensaje: "Mi marido no tiene nada de hombre ni de padre, yo tengo que ser todo", o "Ah, me hubiese gustado tanto que mi hijo se pareciera a mi padre", o "Que no sea el hijo de su padre", o si no "No puedo vivir sin mi hermana", "Quiero que mi hija sea como mi hermana, ella tiene que ser su reemplazo", o si no también "Yo que reemplacé a un hermanito que nació muerto antes de mí y cuyo nombre llevo no puedo saber cómo hay que hacer para, ocupar su lugar, nunca sé lo que hay que decir ni hacer. ¿Lo he matado? ¿Quién nació? ¿Quién soy yo? Un semimuerto, tengo derechos a medias", o también "No quiero a este hijo, él representa para mí un hermano que detesto". También: "Mamá es

tan desgraciada con papá que yo tengo que seguir siendo su bebé para consolarla, el bebé de la época en que ella y papá se querían, y además, ella tiene tanta necesidad de dedicarse a alguien... Yo tengo que estar enfermo, si no por quién se quedaría ella en casa... Y además, de esta forma yo soy así su marido, es a mí a quien ella ama y yo no quiero que haya nadie entre mi madre y yo". Cada caso patológico es la mímica de un discurso no verbalizado, que significa la afirmación o la anulación de la dinámica del sujeto por quien se consulta. Los descubrimientos clínicos psicoanalíticos imponen la comprensión dinámica de los trastornos de los niños mediante el análisis de las dificultades en cadena que, en la estructuración edípica, no se remontan a las carencias de los padres, sino a las de los abuelos y en algunos casos, a las de los bisabuelos. No se trata de herencia (de serlo, un psicoanálisis no cambiaría las cosas) sino de una neurosis familiar (despojando a este término de todo sentido peyorativo y conservándolo solo en su sentido dinámico). Se trata de una inmadurez de la libido, de represiones o perversiones sexuales, fruto de una carencia sucesiva de resoluciones edípicas.

¿Puede este libro aportar a sus lectores nuevas inquietudes, mostrándoles procesos ahí donde creían ver un destino fatal? No es imposible, y sería de lamentar que lo fuera, -ya que las inquietudes sobre uno mismo suscitan con rapidez un sentimiento de culpabilidad y una búsqueda de recetas rápidas y acomodaticias para modificar las apariencias. Son muchas las familias que viven en un estado de simbiosis mórbida. Sin un psicoanálisis del miembro inductor dominante, no se puede modificar la neurosis familiar. Ahora bien, aun en la actualidad el psicoanálisis es a menudo inaccesible (tiempo, lugar, dinero). Se puede temer que libros que se dirigen a todo público provoquen reacciones imprevistas. De todas maneras, este es siempre un escollo inevitable cuando se habla de psicoanálisis, y sin embargo, pese a ello, es necesario que el público tenga en cuenta estos problemas. Entre los ejemplos citados, es posible que reconozcan su retrato y sufran inútilmente por una situación de hecho sobre la cual no habían reflexionado antes, tanto padres celosos o indiferentes como madres rechazantes o despóticas, parejas mórbidas, prisioneras del absurdo, ancestros cuyo rol es demasiado respetado, abusivo y perverso. Es posible que se sientan culpables cuando en realidad ellos mismos son solo responsables ocasionales, de la misma forma en que el conductor de un vehículo que ha perdido el control a causa de un pinchazo o de un choque puede provocar, accidentes. "Los padres comieron uvas verdes y los que se arruinaron los dientes fueron sus hijos": Esta frase ilustra casi todas las historias clínicas de este libro.

Por otra parte, no se debe comprender esta frase en el sentido "la culpa es de los padres", o de este, o de aquel, si no en su sentido verídico que es el de que los padres y los hijos pequeños son participantes dinámicos, no disociados por las resonancias inconscientes de su libido.

El aprendizaje de la libertad en familia y la forma en que se la puede utilizar representa un largo y solitario ejercicio de coraje. Los mismos adultos, y más a menudo de lo que se cree, tienden a orientarse, aun en la edad adulta, en dirección, en contradicción o en relación complementaria (imaginaria o real) con sus propios padres, por su fijación y su dependencia respecto de la generación anterior. No se trata de culpas, sino de hechos.

El psicoanálisis nos enseña que todo acto, aun nefasto, es parte solidaria de un conjunto viviente y que, incluso si son lamentables, un acto o una conducta, pueden servir en forma positiva para quien sepa utilizarlos como experiencia. Desgraciadamente, el sentimiento de culpabilidad es fundamental en todos nosotros, y da lugar a inhibiciones que obstaculizan el acceso al único acto liberador, el acceso a una expresión verdadera ante quien sea capaz de oírlo. Pueda el libro de Maud Mannoni aportar un testimonio tranquilizante en ese sentido.

VII. LA SOCIEDAD (LA ESCUELA). SU ROL PATOGENO O PROFILÁCTICO

Me permitiré formular un deseo: que los psicoanalistas no tengan que vérselas más que con casos referidos a los desórdenes profundos de la vida simbólica, que se originan antes de los 4 años, y no con las dificultades de conductas de reacción sanas ante la vida escolar, efectivamente patógena en la actualidad. Me refiero a las reacciones o crisis caracteriales sanas de un sujeto, preocupado por resolver dificultades reales necesarias para su vida emocional personal y familiar y que momentáneamente, no se interesa en su rol de alumno. En nuestro país (Francia) y de acuerdo con su sistema, el drama de los niños se origina en un estilo de instrucción pasiva, con horarios y programas obsesivos, que no les permiten en absoluto un margen de acceso a la cultura. Se olvida demasiado a menudo que las lecciones y los deberes representan medios y no fines en sí.

Son muchos los adultos de valía y creativos, que conocieron en el transcurso de su infancia períodos en los que su escolaridad no les interesaba en absoluto, en un momento en que su espíritu despierto proseguía momentáneamente otro camino que, en relación con la creatividad de su devenir social, significaba que su libertad tomaba ya un camino. Son muchos también los trastornos del carácter que se evitarían si el aprendizaje de los signos que permiten la comunicación cultural, la lectura, la escritura, y luego el de las combinaciones aritméticas, se produjese después de la conquista y el pleno despliegue del lenguaje vehicular hablado y de la motricidad lúdica libre, totalmente dominada. Las horcas caudinas de las promociones a un grado superior, basadas en

conocimientos aprendidos y en una edad oficial, que interfieren unos con otra, representan condiciones de vida absurdas que se imponen a la expresión de sí mismo; ahora bien, todo ser humano considera que esta última es una exigencia vital. ¡Cuántas son las energías ahogadas o desperdiciadas sin ningún beneficio y a las que se podría dejar en libertad con un sistema escolar que confirmaría, en lugar de impedirlo, el libre acceso a las iniciativas y a las curiosidades inteligentes de los futuros ciudadanos! Estas los formarían para un dominio de sí mismos y de sus capacidades, cargados de sentido en todo momento, y para una organización por y para sí mismos de los conocimientos y las técnicas, adquiridos en función de un deseo y no por obligación o por sumisión perversa al miedo a las sanciones y a los imperativos impersonales.

Yo pido que los jóvenes franceses no sean más esclavos de programas impersonales impuestos, y artificialmente paralelos: tal nivel de cálculo que corresponda a tal nivel de gramática. Pido que la enseñanza de la gramática francesa no comience antes del uso de la lengua perfectamente adquirido para la expresión personal. Que no se contraríe en todo momento el ritmo de interés del niño en función de las limitaciones del tiempo dedicado a tal disciplina o a tal materia. ¿Qué se hace ahora para lograr un despertar a la música, la danza, la escultura, la pintura, la poesía, o para encarar una iniciación a la destreza y a la armonía de las expresiones corporales creativas? La gimnasia también está programada y el desarrollo de los movimientos obedece al imperativo de rendimientos estadísticos; no hay una apertura al sentido de las artes plásticas, al sentido estético de la expresión gráfica o verbal, no se organizan charlas en común en las que todos hablen de lo que les interesa, interesando también a los otros miembros del grupo que escuchan, y que permitan que los niños tomen conciencia de su inserción social personal. ¿Cuántos son los niños que, si se los dejase en libertad de salir y entrar en la clase, permanecerían sentados durante una hora, callados y escuchando, o fingiendo hacerlo? De este modo se falsea el sentido de la verdad del sujeto en sociedad; las energías formidables que un niño puede desarrollar en función de su cultura y su instrucción, si sus motivaciones lo impulsan, son prácticamente ahogadas en nombre del bien de los demás, para ser teóricamente dirigidas, mientras que nada 'hay que se ocupe de despertar las motivaciones ni la originalidad del sujeto en la búsqueda de su alegría. Al deseo no se lo constriñe. En la actualidad, los niños aceptan cada vez menos esta mentira mutiladora de sus fuerzas vivas y engrosan las filas de disléxicos, discalculadores, y retrasados escolares; pero lo que es grave, es que los padres, entonces, y por su angustia ante el "futuro", intenten imponer la lepra de los deberes obligatorios, de las lecciones devoradas, se jacten de las buenas notas del niño y se depriman ante las malas. Las firmas mensuales de los boletines nos hacen pensar en el tiercé. (Tiercé: apuesta de carreras de caballos muy difundida en Francia. (N. del T.))

Este deseo de los padres, impuesto en nombre de la sociedad (la escuela es la sociedad, el más allá de lo familiar edípico), impide el desprendimiento instintivo de los padres en relación con sus hijos y viceversa, y agrava, de este modo, la anulación de las posibilidades culturales verdaderas ya en su fuente. ¿Por qué nuestro sistema de iniciación del ciudadano a la cultura y a la vida social, quiero decir nuestro sistema escolar, obedece a métodos y a imperativos ajenos por completo a la higiene afectiva y mental de los seres humanos? ¿Por qué niños que a los 3 años son sanos de cuerpo y espíritu -son muchos - se ven tan a menudo traumatizados y empobrecidos en la espontaneidad creadora, esencial para el ser humano, y disfrazados de robots disciplinados y tristes temerosos ante maestros que deberían estar a su servicio?

¿Por qué, todavía comunicativos y alegres a los 6 años (los hay, y muchos), la "clase" debe obligados a callarse, a permanecer inmóviles como cosas o como animales amaestrados y sobre todo enseñarles por la fuerza, en nombre de un programa, lo que aún les sintieron ganas de conocer: la lectura, la escritura, el cálculo? ¿Por qué tienen que pedir a un adulto permiso para aislarse, para salir a satisfacer necesidades naturales que, los sabemos muy bien, controlarían por sí mismos si la ocupación en la que se encuentran en clase les interesara? ¿Por qué el móvil de todas las actitudes del maestro hacia sus alumnos, por mínimas que sean, y el ejemplo que con ello inculca a todos, no es el sentimiento del valor intangible de la persona humana que está frente a él, original y libre, respetada por sí misma independientemente de su pertenencia a un grupo familiar?

¿Por qué la escuela no representa para todos los niños un lugar de alegría y el refugio donde puedan calmar las tensiones familiares, donde puedan encontrar confianza en sí mismos, y un medio social viviente, una ocupación atractiva? Con o sin padres perturbados, a partir de los 7 años el lugar del niño no está ya en la familia, sino en la sociedad, en la escuela y ese lugar que ocupa no es de privilegio pero sí es respetado por el solo hecho de que él es un ciudadano. Si se pretende que el niño desee luego asumir con libertad, en el momento adecuado, un justo lugar creador en la sociedad, de acuerdo con sus capacidades, cada uno de los responsables de la administración de la escuela deberá estar al servicio de cada niño, y cada niño percibirlo así.

¿Qué vemos en la realidad? No niños acogidos por la escuela, sino niños sometidos a los engranajes anónimos de una maquinaria administrativa. Se suele decir que la fuerza de los ejércitos se basa en la disciplina, ya que todos sus miembros deben ser irresponsables de la muerte que puedan ocasionar, mediadores del instinto de defensa

de un grupo nacional sometido a una jerarquía de mandos, instinto alienado en su jefe 'por un contrato, a fin de que cada uno pueda preservar en sí mismo la jerarquía estructurada para dar vida y no para quitarla.

En la escuela, sin embargo, la disciplina solo puede surgir en cada niño y por el solo hecho de que focaliza mejor sus deseos sobre aquello que él mismo quiere aprender, y solo se concibe en este caso. Toda disciplina en sí misma es absurda; en lo que se refiere a la disciplina impuesta por un jefe para no perturbar la actividad de los otros, eleva la pasividad estéril al rango de un valor en sí. Basta con observar la forma en que un niño puede abstraerse y jugar solo con algo que lo cautiva, en medio del desorden y del ruido, para darse cuenta en seguida de que, a estos "otros" a quienes se protege, la escuela puede enseñarles a abstraerse de la misma forma en que lo hacen en sus juegos. Los que no pueden aún focalizar sus intereses en clase no se verían privados para siempre de la posibilidad de hacerlo, como ocurre con una disciplina mortífera. En efecto, la escolarización obligatoria, ley genial que podría lograr que a partir de los 3 años todo niño sano se conservase creativo y se desprendiese de sus dificultades edípicas, al proporcionarle un apoyo para sus capacidades de sublimación cotidiana, al apoyar sus intercambios con el grupo y su acceso a la cultura, se convirtió, sin embargo, en una empresa de desritmización, de competencia exhibicionista de mutilados más o menos compensados. Con escasas excepciones, debemos decirlo, la adaptación escolar representa en la actualidad un grave síntoma de neurosis. Ello no quiere decir que la inadaptación represente por sí misma un signo de salud, pero los ciudadanos actuales de valía han surgido de entre los niños y los jóvenes a los que se llama inadaptados. ¿Se mantendrán como tales durante mucho tiempo si la sociedad le los adultos no les ofrece un acceso a la cultura?

Los instintos sanamente humanos de los jóvenes, desprendidos por sí mismos de la obediencia paterna superada, y alejados del entusiasmo por acceder a la cultura, no pueden más que comprometerlos en un gregarismo pulsional fuera de todo marco. ¿Cómo garantizar el reemplazo de los mayores que, al no respetarlos, les inculcan el no respeto por sí mismos y por sus imágenes futuras? En los sectores socialmente favorecidos, el poder adquisitivo de los padres permite el acceso a distracciones más o menos costosas que asumen, en muchos casos y felizmente, un valor cultural. En los medios intelectuales y salvo en los casos de neurosis parental, los valores culturales que representan los intercambios con el medio sirven aun como compensación de la carencia cultural escolar. Pero en los medios de trabajadores manuales, de comerciantes, de funcionarios, ¿qué pueden hacer con sus energías aún no cultivadas niños y niñas que hasta los 16 años están obligados por ley a una escolaridad que no les presenta ningún interés, y le dan al margen de los intercambios que los enriquecerían? ¿Cómo integrarse a una sociedad que les reprocha abiertamente el no haber amado la escuela, los conocimientos librescos, las palabras impersonales de sus maestros, la disciplina pasiva y los juegos sin riesgos?

Puedo hablar así en el prefacio a un libro tan notable, que señala e ilustra el rol del psicoanalista, gracias a que nuestra práctica nos lleva cotidianamente a comprobar efectos neurotizantes de la vida escolar, en niños que han tenido una estructura personal familiar sana y un Edipo vivido sanamente. Los fundamentos de su vida simbólica están bien estructurados, y lo que los conduce al psicoanalista es su creatividad de niños o niñas que han llegado a un estadio de la vida social que no puede canalizarse correctamente, junto con los desórdenes secundarios provocados por la escuela; en algunos casos estos graves a causa de la angustia de reacción de sus padres.

Si lanzo este grito de alarma es porque estoy convencida del poder emocional de la vida de grupo en un medio cultural, cuando el grupo responde efectivamente al deseo de creatividad y de fecundidad simbólica por los recíprocos canjes interhumanos de los que es capaz un niño a partir de los 7 años, cuando la estructura de su persona se ha desarrollado ya plenamente en el medio parental. También estoy convencida, y tengo pruebas de ello en relación con algunos casos privilegiados, del poder reparador que podría tener en muchos casos la vida de grupo entre los 2 1/2 años y los 4 en el caso de niños sometidos en el seno de la familia a influencias mórbidas parentales, y sin que por ello tengan necesariamente que abandonar su medio inicial. Pero para ello se requeriría que el jardín de infantes cumpliera su función y sirviera de prótesis a las imágenes sanas de los niños que -en familia- solo encuentran apoyos con carencias.

Es inadmisibles que niños de 2 ½ años a quienes su madre no puede poner en contacto cotidiano con otros niños fuera de la familia, no sean admitidos en el grupo social escolar porque son demasiado pequeños o porque, cualquiera sea su edad, no han adquirido el control de esfínteres, cuando la no adquisición del control corporal representa a esa edad un signo patente de relaciones perturbadas del niño con su madre en el medio familiar. Es inadmisibles que no se permita a niños que a los tres años no hablan, o no oyen, entrar libremente en grupos escolares corrientes antes de la edad de la instrucción, que en su caso, en efecto, requerirá métodos específicos. Es inadmisibles que todo niño deba ser sometido al aprendizaje de los signos a partir de los 6 años, aunque no posea aún los medios ni el deseo de hacerlo. Es inadmisibles que las clases llamadas de perfeccionamiento, con métodos individualizados, no puedan admitir a los inadaptados al aprendizaje antes de los 8 años, cuando se han perdido ya dos de los años más importantes en lo que se refiere al desarrollo verbal y psicomotor, y cuando el sentimiento de no integración al grupo ha socavado el corazón de este niño, a menudo más sensible y vulnerable

que aquel al que se considera "inteligente". La adquisición de su autonomía se le hace imposible al niño quebrantado por los engranajes de la escuela y por la pareja de sus padres. El desprendimiento libidinal de la dependencia de los adultos, que estimula la atracción de los niños hacia la sociedad, está trabado porque los maestros son confundidos con los padres. Agradar, no desagradar, tener éxito por ellos y no para sí mismos, no tener motivación personal, todo ello -lo sepan o no- es inculcado perversamente a los niños antes y durante la adolescencia.

El interés por una disciplina cultural compartido con padres y maestros, y el entusiasmo en común por las letras, la matemática, las ciencias, no caben en horarios dementes; lo que sí cabe es el conformismo psitácico eficiente medio perverso de promoción social que se propone como modelo a todos. No basta con vacunar contra las enfermedades del cuerpo, se debe pensar en vacunar al niño contra la desesperanza y la angustia solitaria, en lugar de dejarlo que se hunda en las arenas movedizas de sus instintos en libertad.

El rol del psicoanalista es el de permitir que un sujeto neurótico o enfermo mental descubra su sentido, y también el de lanzar un grito de alarma ante las carencias de la educación estatal, los métodos e instituciones escolares tan a menudo patógenos, y frente a las carencias y al rol patógeno individuales de muchos padres del mundo al que se llama civilizado. La civilización es un estado que se mantiene sólo mediante el valor de cada uno de sus miembros y el intercambio creador entre ellos. No es necesario que la civilización se mantenga a costa de psicosis y neurosis devastadoras cada vez más precoces.

Se debe organizar un inmenso trabajo de profilaxis mental y este no es el rol de los psicoanalistas; pero este trabajo no puede organizarse sin tener en cuenta los aportes del psicoanálisis al mundo civilizado. ¿Qué se podría hacer a partir de la edad en que se abre la posibilidad de acceso a la cultura (no antes de los 7 años, y con variedades individuales), para abrir el camino a la expresión de los deseos de los niños que comienzan a ir a la escuela, permitirles adquirir la conciencia de su valor personal, inseparable del valor de pertenencia a un grupo en su totalidad, permitirles que se expresen, que intercambien con sus semejantes, sus deseos, sus proyectos de aprendizaje, que expongan sus juicios sobre su escuela, sus maestros, su medio cercano, sus padres, y se autonomicen por el acceso a una instrucción personalmente motivada? La expresión asumida en un clima de confianza, mediante entrevistas libres, da lugar al mismo tiempo a una conciencia de sí mismo y del otro.

¿No podría tener toda escuela uno o muchos psicólogos, sin ningún poder ejecutivo ni legislativo, al servicio exclusivo de las entrevistas libres solicitadas por los alumnos mismos, deseosos de expresar sus esperanzas, sus dificultades, sus dudas, y seguros de que se les escuchará, comprenderá y apoyará, sin que el interlocutor experimente angustia ni tampoco dé muestras de complicidad, para que busquen por sí mismos la solución de sus dificultades?

Para compensar la carencia educativa del ejemplo recibido en familia, la escuela debería dar también una instrucción formadora para la vida en sociedad, y hoy carece de ella.

Quiero decir que los niños civilizados nunca oyen de boca de sus maestros ni de sus padres, que las desconocen o que consideran incorrecto decirselas, la formulación de las leyes naturales que gobiernan a la especie humana: las leyes de la paternidad y de la maternidad legales, las leyes que rigen los instintos naturales y su vida en sociedad, la prohibición del canibalismo, del robo, del asesinato, de la violación y del adulterio. Ahora bien, los niños están sumergidos en una sociedad en la que, salvo el canibalismo, pueden observar todas estas conductas delincuentes. Nadie les comunica la ley, los derechos y los deberes que sus padres tienen sobre ellos ni los que ellos mismos tienen respecto de sí y de sus padres. Si interrogamos a cualquier niño de 12 años, podemos percibir que cree carecer de derechos cívicos y que considera que está a la merced de todos los chantajes del amor o del abandono, mientras que la legislación no solo ha formulado una declaración de los Derechos del Hombre sino también una sobre los Derechos del Niño. ¿Cuántos son los niños que conocen la posibilidad de recurrir a la ley frente a padres absurdos o que abusan de sus derechos? Nos encontramos ahí en un campo que parece revolucionario y que en efecto lo es, pero que impone, sin embargo, la agravación, de los trastornos de la adaptación social precoz y que en aquellos que están sometidos a los imperativos legales de una vida escolar absurda, lejos de las realidades que el niño de 7 a 15 años considera que valen la pena para dedicarle su tiempo y su coraje, hace surgir el sentimiento lacerante de que se sacrifica su genio creador de hijo de los hombres, de los pobres hombres llamados civilizados que no saben respetar la vida que engendran, que no saben abrir las vías del acceso a la verdad a las generaciones que los seguirán.

Pueda el libro de Maud Mannoni despertar al lector a estos graves problemas.